

Andre Gunder Frank

Hipótesis sobre la crisis mundial

Las opciones internacionales de los países de Latinoamérica hasta 1980 dependerán, como dependieron en el pasado, del curso del desarrollo capitalista en el resto del mundo, incluyendo el tipo de desarrollo político interno y la orientación de la política exterior en otras partes; del propio desarrollo político interno en las naciones latinoamericanas, que a su vez dependerá en gran medida de la naturaleza y el curso del desarrollo capitalista en el mundo considerado en su conjunto; y también de la etapa y el tipo de proceso de acumulación de capital en cada país latinoamericano. Con respecto a estos desarrollos económicos y políticos durante los setentas, podemos aventurar las siguientes hipótesis de trabajo para resumir, aunque sea en forma esquemática, algunas de las tendencias contradictorias del desarrollo desigual del capitalismo, las cuales es probable que en el futuro próximo sean en gran medida determinantes para la cuestión que se nos plantea: las opciones y relaciones internacionales de América Latina en la década de los setenta.

I

DESARROLLOCAPITALISTA DESIGUAL: TEMPORAL (CÍCLICO), ESPACIAL (“DESARROLLO Y SUBDESARROLLO”) Y SECTORIAL.

El desarrollo capitalista mundial parece estar entrando en otra gran crisis de acumulación de capital análoga, aunque no idéntica, a la del periodo entre 1873 y 1895, que presenció el nacimiento del capitalismo monopolista y del imperialismo y a la del periodo que incluyó la primera y segunda guerras mundiales y la “Gran Depresión” intermedia. Independientemente de que a tales periodos de frecuentes y profundas crisis cíclicas de acumulación correspondan los periodos de crecimiento lento de un cuarto de siglo de duración de los llamados “ciclos largos” de Kondratiev, el hecho es que el fin de la expansión prolongada de la segunda posguerra y el comienzo de una aparente tendencia depresiva pueden fecharse tentativamente a partir de 1967, puesto que desde entonces las tasas de ganancia y de crecimiento de las inversiones en los principales países capitalistas, Norteamérica, Europa y Japón parecen haber

iniciado un periodo de declinación. El estancamiento con inflación, la crisis monetaria y los sorprendentes cambios contemporáneos en las relaciones políticas internacionales pueden considerarse como síntomas de esta creciente crisis de acumulación. La misma crisis es presagio de crecientes desajustes temporales, espaciales y sectoriales, así como de una agudización de la lucha de clases en el futuro próximo, lo que, sin embargo, al mismo tiempo, genera la oportunidad y la necesidad de importantes reajustes en el desarrollo capitalista mundial, reajustes que serán necesarios si es que el capitalismo ha de superar su crisis actual en vez de ser destruido por ella, para ser reemplazado por otro sistema social diferente. Las relaciones internacionales de los países de América Latina, así como las del resto del mundo, estarán determinadas en gran medida por este proceso de desajuste y reajuste en los próximos años.

II

LA DIVISIÓN INTERNACIONAL DEL TRABAJO

El creciente agotamiento de las principales oportunidades de inversión que utilizaban tecnologías que en el pasado eran avanzadas, así como las tasas de ganancia reducidas, probablemente restrinjan la extensión cuantitativa de la división del trabajo intersectorial e internacional en la dirección en que se ha dado hasta el presente (tal como la huida masiva de fábricas en las industrias textil y de refacciones electrónicas hacia áreas de mano de obra barata, aunque sólo sea a causa de la resistencia política de los sindicatos y otros en las economías metropolitanas). Al mismo tiempo, la crisis presente y futura de la acumulación mundial de capital, igual que las del pasado, es probable que produzcan cambios cualitativos más profundos y rápidos en el proceso de los descubrimientos tecnológicos y en la división del trabajo intersectorial e internacional. El desarrollo de nuevas fuentes importantes de energías (fisión nuclear, solar, etc.), la explotación de los océanos y del fondo oceánico para la obtención de minerales y productos “agrícolas” y los desarrollos en bioquímica y genética entre las más importantes de estas nuevas tendencias. Cuando la ganancia sea nuevamente incrementada, si es que ello se logra, mediante el progreso tecnológico, la reducción de la tasa de salarios y el aumento de la tasa de explotación, el grado de intensidad del capital de la producción capitalista es probable, también, que aumente. En estos periodos de desajuste y reajuste acelerados del desarrollo capitalista, el desarrollo y la explotación de las fuentes de materias primas ser más importantes respecto de la producción y el comercio de mercancías industriales de lo que son las décadas de rápido crecimiento económico capitalista, como la

que precedió a la primera guerra mundial y la que siguió a la segunda guerra mundial. Además, el próximo periodo será testigo de cierta transferencia de la producción de energías y ciertos minerales a los países industrializados y “sus” océanos, mientras que éstos transferirán una parte de su producción a ciertos países subdesarrollados y socialistas, no sólo de textiles y partes electrónicas, sino también de acero y automóviles, etc. Estos últimos países serán inscritos en forma cada vez más intensiva en la división internacional o intersectorial del trabajo con consecuencias e implicaciones de largo alcance para sus relaciones internacionales económicas y políticas, y para su política exterior y doméstica.

III

LA COMPETENCIA CAPITALISTA POR EL MONOPOLIO Y LA EXPLOTACIÓN

El intento capitalista por resistir y remontar la disminución en las ganancias y las oportunidades de inversión productiva durante esta crisis de acumulación, acentúa la competencia por el mercado entre los países imperialistas (un reflejo parcial de ello es la crisis monetaria y la incapacidad para resolverla satisfactoriamente); promete también una resurrección del principio de “arruina a tu vecino” de la principal crisis anterior; y –con importancia especial para las opciones latinoamericanas– los induce particularmente a intensificar y acelerar la explotación de algunas economías socialistas y del tercer mundo mediante la acumulación primitiva (no capitalista) y el intercambio desigual. Al mismo tiempo se abre la posibilidad de una mayor participación de algunas economías y regímenes intermediarios en este mismo proceso y, para asegurar una porción del pastel lo más grande posible para cada una de las potencias principales, augura al mismo tiempo el fortalecimiento de bloques económicos y relaciones monopolistas entre ellos. Esta tendencia la reforzarán progresivamente cualquier futuro quebramiento del actual sistema monetario internacional basado en el dólar y la renovada formación de un área del dólar de la Euro-moneda o las áreas del marco alemán y el franco francés, la libra esterlina y el yen para no mencionar el área del rublo. La incrementada multipolaridad conduce a alianzas de *détente* y de otro tipo, pero también amenaza con conflictos políticos graves, incluyendo la confrontación armada, entre algunos de los “aliados”, tales como la URSS y China por una parte y Japón y sus socios norteamericanos y/o europeos por la otra, si no directamente, para empezar, en los países del Tercer Mundo.

IV

LA LUCHA DE CLASES EN LOS PAÍSES CAPITALISTAS INDUSTRIALIZADOS

La compresión de la ganancia (según Glyn y Sutcliffe, *British Capitalism, Workers, and the Profit Squeeze*) en los principales países capitalistas no sólo implica un intento de trasladar la carga de los costos a los países socialistas y a los del Tercer Mundo; también —en la medida en que los costos crecientes que los trabajadores de esos países tendrán que soportar serán insuficientes para revertir la crisis de la acumulación de capital en los principales países capitalistas— los trabajadores de esos países tendrán que cargar con una parte sustancial de los sacrificios. La agudización de la lucha de clases, particularmente en Europa occidental, ha sido una evidencia creciente durante los años que acaban de pasar y promete hacerse aún más extensa e intensa en la próxima década. Una primera respuesta a esta intensificación de la lucha de clases es el recurso a repeticiones de tentativas del tipo de frente popular, neosocialdemócrata, laborista, “unión popular”, para compartir la carga de la crisis y persuadir a la mano de obra de “sacrificar sus intereses egoístas al interés nacional en este momento de crisis”. El fracaso que amenaza a estas “soluciones” socialdemócratas de la crisis, especialmente a medida que ésta se profundiza internacional y nacionalmente, también intensifica y acelera la amenaza de, y en verdad despeja el camino para, el recurso o soluciones corporativas neofascistas e incluso militaristas conducentes a un 1984. El resultado de esta lucha de clases en los principales países capitalistas también determinará, por supuesto, la posición económica, política e ideológica de sus gobiernos y sus políticas exteriores entre sí, y para con los países socialistas y los países del Tercer Mundo, incluyendo a los de Latinoamérica, definiendo así parcialmente las opciones internacionales de estos últimos. Y esto será aún más cierto, por supuesto, si la burguesía no logra encontrar los recursos para salvar al capitalismo en su próximo periodo de crisis y la clase trabajadora encuentra los medios políticos para derrocar a esa clase dirigente y sustituir al capitalismo con el socialismo.

V

EL TERCER MUNDO Y AMÉRICA LATINA EN ESTA CRISIS DEL CAPITALISMO

La acelerada transformación cualitativa de la división internacional del trabajo durante la

presente crisis del desarrollo capitalista, ofrece mayores oportunidades para el desarrollo de economías y regímenes “subimperialistas” intermediarios conformes al “modelo brasileño”, y, al mismo tiempo, genera nuevas presiones para la formación de “estados clientes” cada vez más dependientes, según el “modelo chileno” posterior al 11 de septiembre de 1973. las economías que alcanzaron un cierto nivel en el desarrollo de sus fuerzas productivas durante y desde la última gran crisis mundial del capitalismo, como India, Sudáfrica y Brasil, y, en menor grado, México y Argentina, y, aunque bajo el socialismo, también la Unión Soviética, encontrarán oportunidades crecientes y aceleradas para realizar su inscripción en la división internacional del trabajo bajo nuevas modalidades. Algunos otros países, particularmente Irán, pero incluyendo quizá también a algunos otros países productores de petróleo, y, en menor medida, economías como Egipto y Argelia, encontrarán la oportunidad para acceder a un status subimperialista. Esto implica un mayor desarrollo capitalista para estos países que permita una alianza política de sus burguesías con las burguesías imperialistas, por una parte, y con algunos sectores de sus propias clases medias por la otra. Sin embargo, especialmente con respecto a los primeros países, al contrario del desarrollo de las industrias de bienes de consumo sustitutivas de importaciones y basadas en la extensión del mercado interno, la distribución progresiva del ingreso y los regímenes populistas relativamente progresistas políticamente, que se dieran durante la última crisis mundial de acumulación, su próximo desarrollo capitalista es probable que se base cada vez más en la acumulación en los sectores de bienes de capital y en las industrias de exportación, cuya producción será comprada por el mercado externo, la propia industria, los grupos de altos ingresos, y particularmente por el Estado, incluyendo su aparato militar. Esto implica una regresión aún mayor en la distribución del ingreso, un desempleo por encima de 25% de “desempleo efectivo” estimado por las Naciones Unidas para América Latina para 1970, políticas de salarios bajos tales como las que han reducido en 40% la tasa de salarios en Brasil durante el “milagro económico”, una marginación creciente de la población, y regímenes políticamente reaccionarios que siguen políticas de represión interna, políticas exteriores de expansionismo y militarismo, y alianzas políticas internacionales con otros regímenes reaccionarios, al mismo tiempo que tratan de mantener un delicado e inestable equilibrio de autonomía dependiente en sus relaciones internacionales económicas y políticas.

La mayor parte de los países del tercer Mundo, incluyendo a América Latina, a pesar de las vanas esperanzas de algunos de sus líderes políticos, como los de la junta chilena, no pueden aspirar en forma realista a semejante desarrollo subimperialista y, en esta crisis del capitalismo como en otras anteriores, es probable que hagan sufrir a grandes masas de su

población una superexplotación intensificada así como una represión política según la línea marcada por el “modelo chileno” posterior a septiembre de 1973, el cual puede ser la última versión de los regímenes de Ubico, Batista, Trujillo y similares de años anteriores. Aquí, como en el caso de las Filipinas, por ejemplo, y grandes zonas de Asia meridional, el grado de superexplotación, desempleo, marginalización y por supuesto, represión, amenazan con llegar mucho más lejos –tal como lo han hecho en Chile en solamente medio año- que en el caso de los regímenes subimperialistas, de los cuales también es probable que cada vez sean más víctimas. Esto es así porque la corporativización, si es que no también la militarización del Estado, está a la orden del día y el grado en que la represión brutal reemplaza la represión institucional es una medida del grado en el que tal corporativización no ha sido alcanzada todavía. En sus relaciones internacionales con los poderes imperialistas, y, ciertamente, con algunos subimperialistas, estos estados corporativistas, represivos y neofascistas parecen condenados a una dependencia económica y política aún mayor que en el pasado. Por lo que respecta a las relaciones internacionales entre los países del Tercer Mundo y los de América Latina, contienen la amenaza de una creciente y despiadada competencia económica entre ellos así como la confrontación política y militar y las guerras entre los países vecinos del Tercer Mundo y de América Latina. En la próxima crisis profunda de la acumulación de capital, solamente el triunfo de la acción popular revolucionaria que derroque al capitalismo podría evitar tales costos humanos del reajuste y supervivencia del capitalismo.

Starnberg, 13 de mayo de 1974.